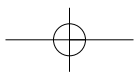
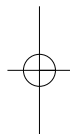
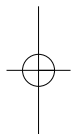
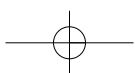
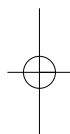
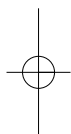


Pasión imperial





PILAR EYRE

Pasión imperial

La vida secreta de la emperatriz Eugenia de Montijo,
la española que sedujo a Napoleón III
y conquistó Francia

la esfera  de los libros

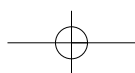
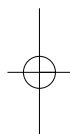
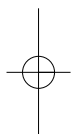
Primera edición: marzo de 2010

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

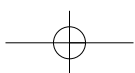
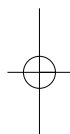
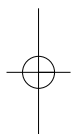
© Pilar Eyre Estrada, 2010
© La Esfera de los Libros, S. L., 2010
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
www.esferalibros.com

Fotografías: Archivo de la autora, archivo de Ricardo Mateos Sáinz de Medrano,
Getty Images, Album y Aisa.
ISBN: 978-84-9734-932-1
Depósito legal: M. 3.532-2010
Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Fotomecánica: Unidad Editorial
Imposición y filmación: Preimpresión 2000
Impresión: Anzos
Encuadernación: Méndez
Impreso en España-*Printed in Spain*

*Para Jorge, Karmele y Carmen,
cuya amistad ilumina
mi vida desde hace muchos años.*



P PRIMERA PARTE



Capítulo 1

Era poderosa. Era libre. El viento afilaba mi cara como la proa de *El Aguilucho*, me entrecerraba los ojos, me secaba la boca, y el retumbar hondo del galope de mi yegua me removía las entrañas como los tambores de los pasos de Semana Santa de mi infancia granadina.

A mi alrededor pasaban a velocidad de vértigo árboles, bosques enteros, el suave ondular de los pastos ya con el color pajizo del estío, frondas y cañaverales umbríos, huertas, jardines llenos de rosas amarillas, el imperio entero con sus zonas de luz y de sombra, y *Jezabel* esquivaba los obstáculos con la precisión de un maestro de esgrima. Una rama de árbol me sacó limpiamente el sombrero de copa, se me cayeron las horquillas y la redecilla de filigrana de oro, la trenza se deshizo y me batía la espalda con idéntica cadencia con que mi fusta golpeaba el costado húmedo de mi yegua del mismo color rojo sangre de mi pelo.

Los pendientes me arañaban el cuello, y me los quité de un manotazo. Allá se fueron también las perlas de mi collar;

el terciopelo de la chaquetilla de amazona se desgarró por la espalda, y me la saqué por la cabeza sin detener mi carrera loca, se me resbaló el chaleco a la zuava, se me desanudaron las cintas del corsé y la seda de la camisa de muselina apenas me cubría los hombros. Corría, corría. El paisaje de Compiègne permanecía inmóvil mientras mi corcel galopaba hacia el horizonte, la yegua y yo mojadas de excitación, nomadismo y aventura. Cada vez estábamos más lejos, más rápido, y las voces de mis damas, la princesa Waleski, la marquesa de Isasi, que se acababa de casar con mi amigo de juventud Joseíto Xifré, Paulina Metternich, sus débiles y asustados «Majestad, Majestad», dejaron de oírse, dejé de oír la voz del emperador, bronca a causa del tabaco, «Ugenia, Ugenia», y más cerca las voces educadas de sus gentilhombres, Morny, Persigny, Bacchiochi, que también me llamaban, «Majestad, Majestad». Hasta la imbécil de la condesa de Castiglione, disfrazada de montero con casaca, bandolera y tricornio, fingía preocupación: «Majestad, Majestad».

Sí, sí, yo era reina, emperatriz, una diosa, pero no porque estuviera casada con el emperador, sino porque *Jezabel* me había convertido en centauro y las dos estábamos horadando el globo terráqueo con nuestro galope; iríamos a China, y a México, y a África; aplastaríamos cordilleras, uniríamos mares, solas las dos, tan libres y poderosas como diosas de la antigüedad. Yo gritaba, creo que gritaba porque oía un alarido y el golpear de los cascos sobre tierra, sobre piedras, sobre hierba. Quería comerme el mundo.

Quería comerme el mundo.

De pronto *Jezabel* se levantó sobre las patas traseras, se encabritó y relinchó de tal manera que hasta detuvo el vuelo

de los pájaros. Los ojos parecieron salirse de las órbitas, y se echó hacia atrás provocando una avalancha de piedras hacia el inmenso precipicio que se abría a nuestros pies. Muy abajo, un río corría impetuoso arrastrando troncos de árbol. Fue cosa de segundos que no cayéramos nosotras también. Permanecemos palpitantes, así, al borde de la muerte, recobrando el aliento, frente a una sima de diez metros, veinte metros, cien metros, una distancia imposible de cruzar. Mi yegua piafaba, se le hinchaban los belfos, echaba vaho, parecía gemir mientras el agua tumultuosa rugía como un rebaño de búfalos en la pradera. Estábamos a punto de dar la vuelta, cuando oí una voz llena de lasitud y hastío a mis espaldas:

—Ugenia, estoy harto de tus locuras, hubieras podido matarte. Y que conste que no me hubiera importado lo más mínimo.

Me eché a reír. Y mi marido prosiguió, haciendo volver a su montura, ya indiferente:

—Te ordeno que regreses inmediatamente a palacio.

¿Te ordeno? ¿Qué soy yo, una criada, una perra de caza, acaso un niño, una de tus amantes? Soy la emperatriz de los franceses, es cierto, pero por encima de eso soy descendiente de Guzmán el Bueno y de Santa Teresa de Ávila; mis antepasados hoy son fantasmas, pero en su tiempo los vivos los honraron en mármol; mi padre perdió un ojo y una pierna luchando por Napoleón el Grande, y me obligó a obedecer tan sólo a mi Dios y a mi Patria. Soy la condesa de Teba, llevo la sangre indestructible de los Montijo, los Palafox, los Portocarrero, los Kirkpatrick, y la divisa de mis apellidos es «con honor todo, sin honor, nada». Nadie puede ordenar a Eugenia de Montijo.

No lo dudé. Di un golpe de tacón a *Jezabel*, que saltó, magnífica, enorme, larga como un puente, al otro lado, en un instante que se volvió eterno, con el imperio detrás y el río tumultuoso a mis pies. Recordé, en ese relámpago perpetuo, que yo nací en medio de un terremoto y que mi padre me convirtió en soldado aunque era una mujer y condecoró mi pecho juvenil con medallas de latón y papel de plata. Era dura, indómita, antipática, vanidosa, solitaria, hereje, obcecada, orgullosa, grosera, capaz de lo más bajo, egoísta, caprichosa, imprudente, cruel y mentirosa, pero ni una sola dama de la Corte pudo medirse conmigo, y Luis Napoleón me escogió entre todas las mujeres para ser emperatriz de los franceses, y era tan ambiciosa que me había casado con él a pesar de detestarlo.

Llegamos al otro lado.

¿Obedecer, yo, Eugenia de Guzmán?

Solté una carcajada, puse la yegua al trote, me abracé a su cuello, le di unas palmaditas, acaricié su crin y la obligué a hacer unas cabriolas circenses como burla al emperador, a mis damas, a mi madre horrorizada no por el peligro que hubiera podido correr, sino porque los pezones se me transparentaban a través de la blusa mojada. Mi dulce hermanita, la duquesa de Alba, tan dulce que me había quitado al único hombre que había querido de verdad, piaba como un jilguero:

—Eugenia, la gitana, ¡nos vas a matar a disgustos!

Persigny me señaló el sur con su fusta:

—Majestad, un poco más abajo hay un puente.

Con mansedumbre bovina, todos empezaron a trotar hacia él para recibirme, todavía murmurando sobre mis chifladuras y mi imprudencia, cuando lo volvimos a hacer. *Jezabel*,

yegua loca, se echó hacia atrás, tomó impulso y otra vez volvió a saltar sobre el terrible precipicio.

Me puse a reír y fui riendo todo el camino de regreso a palacio; mi yegua también reía torciendo la boca, moviendo las orejotas y enseñando las medias lunas blancas de sus ojos con falsa mansedumbre, y yo agitaba la fusta en alto como un director de orquesta, recitando poemas, dominando el viento a voz en grito:

Y aquí se pierda Granada.

¡Ay de mi Alhama!

Me sentía como el moro desterrado Boabdil, pero para mí la tierra entera era destierro, porque en todas partes me sentía extranjera, y todos, suprema libertad, me eran ajenos. Y le decía cosas nuestras a *Jezabel* al oído, que sacudía la cabeza dándoselas de yegua modesta, una impostura, porque era tan vanidosa como yo:

—Yegua bonita, cabriolera, reina de las yeguas, emperatriz de las reinas de las yeguas, animalote grande, hijita mía...

Por el lado izquierdo me adelantó el emperador, quien hizo girar el dedo índice sobre su sien amarillenta de enfermo sin dirigirme una palabra, y yo le lancé un beso con la punta de los dedos, que olían a pachulí y a sudor sano. De una encina arranqué una hoja y me la puse entre los dientes, la mordí, y el sabor a Francia y a verano me impregnó de tal manera que me estremecí íntimamente, boqueé como un pez fuera del agua, estuve a punto de caerme entre jadeos, conseguí volver a trepar hasta mi silla dejando un rastro húmedo de caracol, y todavía no lo he olvidado.

Llevaba unos botines de cabritilla azul claro abotonados hasta el tobillo y medias de seda de color amarillo dorado bordadas con rosas rojas justo por encima de las rodillas. La fina gasa de la falda dejaba entrever mis muslos desnudos, blancos y fríos como el lomo de los peces.

Así eran mis días en Compiègne.

Y fue esa noche cuando me volví loca por Fernando.

Capítulo 2

Mi marido se casó conmigo para obtener mi virginidad. Fue así de simple. El himen a cambio de una corona. Me gusta contar a mis escandalizadas damas que mi madre, Manuela Kirkpatrick y Grivegnee, me dio a luz el 5 de mayo de, digamos, 1828, en medio de un terremoto, en Granada, tirada en el jardín debajo de una tienda de lona morisca, y que, mientras me paría, el mundo se resquebrajaba en mil pedazos para dejar bien claro que la niña Eugenia nacía para el ruido, el alboroto y la fama. Y que a pesar de su noble ascendencia escocesa, mi madre se había comportado como todas las mujeres en estos trances: gruñía, maldecía y gritaba disparates mientras le nacía una niña con el pelo rojo como los piratas que habían ganado su linaje, Kirkpatrick, en hechos de armas de dudosa legitimidad, pero que después habían jurado solemnemente su oficio de rey sobre la enorme piedra del castillo de Escona.

Mientras, mi padre, Cipriano Guzmán Portocarrero y Palafox, conde de Teba y Grande de España, exhibía los muño-

nes de sus heroicas mutilaciones con orgullo y explicaba a sus escasos amigos que:

—Esta pierna se la di a Napoleón en la batalla de Ancona, esta mano en Austerlitz y este ojo en la defensa de París... Vino el propio emperador al hospital a ponerme una cruz en el pecho y dejó que le besase la mano, ¡él, que no se dejaba tocar por nadie, ni siquiera por los miembros de su propia familia!

Porque mi padre era tan dado a las causas perdidas que había sido casi el único español que había luchado al lado de Napoleón Bonaparte en contra de los Borbones españoles, que cuando se habían reintegrado al trono se habían apresurado a desterrarlo a Granada, yo creo que para sacarse de delante su deteriorada facha más que por temor a una improbable conspiración.

Y al pie de mi cuna, con un parche negro sobre el ojo, barbudo, manco y cojo, y ataviado a la moda estrafalaria de los guerrilleros que poblaban los montes, mi padre entonaba canciones extrañas sobre la libertad y mucho muera el rey y viva el emperador y «¡Atrás, ralea indecente!».

Y me armaba caballero mientras yo mamaba tranquilamente de la teta ubérrima de una niñera del valle del Pas.

Tengo que ir con cuidado, cuando explico los hechos que atañen a mi nacimiento, que no ande cerca Pepita, la doncella andaluza entrometida y fisgona que está conmigo desde que nací, ella también entonces una chiquilla que ladraba de hambre cuando apareció en la puerta de casa. Pepita tiene bigote como un granadero, es feúcha como un mono, no sabe francés y apenas español, no se entiende con el resto del servicio, es sucia, vulgar y malhablada, más que comer, hocica, y, por supuesto, no ha conocido varón.

Cuando estamos solas me llama Eugenia, pero, cuando hay alguien delante, me trata de Majestad con un cachondeo... con un cachondeíto que casi prefiero que me tutee.

Mi amigo Próspero Merimée, que es un sabio y por tanto un cínico, me explica que Pepita es como uno de esos esclavos que acompañaban a los patricios romanos, encargados de decirles en todo momento para que no se envanecieran:

—Amo, recuerda que eres hombre.

Aunque añadiendo un «¡Pu...ñales!» marca de la casa.

Claro que ¡maldito lo que me importa a mí que me recuerden que soy mujer, precisamente lo que me gustaría es que todo el mundo pensara que ya he nacido con la corona de emperatriz puesta! Pero Pepita, fiel sin darse cuenta al papel que le ha adjudicado don Próspero, masculla siempre mientras realiza alguna tarea totalmente innecesaria en los aledaños de nuestra habitual reunión en el gabinete verde mientras mis damas, a mis pies, extienden el ruedo de sus faldas con crinolinas tapando totalmente una alfombra entera de la Savonnerie de veinte metros cuadrados, tomando sorbetes y jícara de chocolate, una moda que yo traje de España:

—Ya empezamos... terremoto, qué terremoto ni qué niño muerto, si el parto fue un mes antes de que se moviera la tierra y la madre parió tranquilamente en aquel caserón, destartalado, eso sí, pero con una cama como todos los cristianos. Y el pobre don Cipriano, donde perdió el brazo y el ojo y otras cosas que tapan los pantalones y donde devino en mamarracho fue en la Maestranza de Sevilla limpiando su trabuco mientras veía los toros... ¡Pu...ñales!

Aunque no deja de añadir con maledicencia mientras pega latigazos a las puertas con un zorro:

—Bueno, a lo mejor el padre «de verdad» de estas señoritas del pan pringao sí que era héroe o cosa parecida.

Porque Pepita sostiene que mi madre se había quedado embarazada antes de mi hermana Paca, y un año después de mí, durante una larga ausencia de mi padre luchando por la causa liberal contra el rey legítimo, Fernando VII, porque para otra cosa no servía. El pobre andaba por ahí guerreando, ya que no podía cubrir a una mujer, para entendernos, y otros lo sustituían en esta tarea, particularmente el conde de Clarendon, George, un diplomático inglés al que mamá había conocido en París en casa de su tía Catherine de Lesseps, donde había pasado una larga temporada mientras papá estaba desaparecido en el monte, precisamente durante nuestra concepción.

Lo cual a mi padre y a mí nos daba lo mismo, porque mientras Paca era la favorita de mi madre, él más que mi padre era mi dios, y yo era la luz de sus ojos, así me lo recitaba puesto en pie y con la mano cruzada sobre el pecho como Napoleón:

*Lucerita, para ti mi cariño,
pero el Honor
¡sólo para el emperador!*

Mi madre, ay, mi madre. Mi madre era mucho mujerío para el pequeño trocito de hombre que había dejado tanto accidente y tanta catástrofe; era pelirroja como yo y tenía un abundante escote, que siempre enseñaba más de lo que recomendaban las normas sociales, lleno de pecas como una constelación magnética que atraía la mirada de todos los hom-

bres de Granada, que iban detrás de ella como toros tras su cabestro.

Yo sabía que mi madre tenía un secreto para atraerlos, más allá de sus atractivos físicos, pero tardé en conocerlo, porque no era apto para nuestros inocentes oídos infantiles, y aun en estos momentos no dejo de ruborizarme al recordarlo, y cuando la veo ahora con sus castos chales de cachemira y su capota de señora mayor, tengo que apartar la mirada y darme aire porque me la imagino en esa postura... ¡en esa postura abyecta la abuela de mi hijo, del futuro emperador de Francia!

El emperador me lo decía muchas veces, al principio de nuestro matrimonio, con un tono de voz que oscilaba entre la decepción y el alivio:

—¡Pero, Ugenia, yo creía que siendo hija de quien eres vendrías más enseñada!

Mamá era excesiva y desgarrada, se vestía de gitana con amplias faldas de colores, se ponía biznaga en el moño e iba a las ventas del Sacromonte a comer caracoles y a bailar flamenco. Tocaba la guitarra y fumaba gruesos cigarros que se hacía traer de Cuba aprovechando el comercio ultramarino de sus padres.

Porque ésa era su auténtica estirpe: honrados tenderos que habían llegado desde Escocia a Málaga para ganarse la vida traficando con olivas, trigo y vino dulce. A pesar de que se había criado entre sacos de grano y ese olor a humedad que tienen los almacenes de alimentos, ella hablaba del legendario Finn Mac Caul, el fundador de Escocia e Irlanda doscientos años antes de Jesucristo, como si hubiera existido en carne y hueso y como si hubiera sido el abuelo de su abuelo, y aún tenía enmarcada una ilustración en la que se veía al tal Finn Mac Caul

haciendo emerger las costas de Escocia desde el fondo del mar con sus propias manos, y mi padre confesaba con voz humilde ante el inmenso coloso del tamaño del Generalife al que llamaba «el abuelito»:

—Manuela, qué gran distinción me dispensaste descendiendo a casarte con este humilde «sólo» conde.

Mi madre se abanicaba sospechando que mi padre le estaba tomando el pelo, pues era cosa sabida que la aristocracia tenía a bien no emparentar con gentes que se ganaran la vida en el ramo del comercio y que el matrimonio de mi padre había recibido muchas críticas en la Corte. Pero para cambiar de conversación se ponía a hablar en francés, uno de sus delirios, ya que decía que el español hacía poner unos gestos de boca muy feos y poco femeninos y sin embargo la u francesa espiritualizaba el rostro.

A pesar de que nosotras ya habíamos venido al mundo, mamá continuaba pasando largas temporadas en París en casa de su tía Catherine de Lesseps, cuyo hijo Fernando era muy amigo de George Clarendon y de muchos otros chicos jóvenes, entre los que se hizo tan famosa como en Granada. Claro que el primo Fernando se vio obligado a casarse apenas con veinte años con una chica de buena familia a la que había seducido, pero tal circunstancia no evitó que continuara sus relaciones con mi madre.

George empezó a venir con mamá cada vez que ésta regresaba a España. Nada más pisar nuestra casa, mamá le decía:

—Tú, a las niñas, siempre háblales en francés.

Así, Paca y yo hablábamos un español detestable con cerrado acento andaluz muy parecido al de Pepita y el elegante

francés de París que nos enseñaba el amante de mi madre, que era diplomático.

Sí, aunque Paca no hablaba del tema y cuando George estaba cerca se volvía más etérea que nunca, todos, incluido mi padre, sabíamos que eran amantes y que se acostaban juntos.

Papá contaba a quien quisiera escucharle que estaba muy agradecido a aquel muchacho, ya que así podía desistir de un esfuerzo que si bien nunca alcanzaba su objetivo, sí mermaba considerablemente sus escasas fuerzas y la estimación que sentía por sí mismo, y que si no le estrechaba la mano, era porque la había perdido en hechos de armas. Tampoco era plan que el joven inglés le estrechara el muñón, ya que comprendía que el tacto de aquel miembro amputado podría resultar desagradable a un espíritu refinado, aunque sí le estrecharía la mano con el pie sano con mucho gusto si era de su apetencia.

No hay que decir que estos comentarios de mi padre servían de mofa en toda Granada y que hasta los niños le hacían burla por la calle con ese gesto grosero tan del gusto del populacho, con el puño cerrado extendiendo el índice y el meñique y, por si esto no bastara, dando un mugido con la boca y llamándole:

—Cabrón.

Pero él tenía unas miras tan altas y un alma tan noble que no creo que llegara a enterarse nunca, aunque a mí sí que me fastidiaba bastante.

Mi madre, que se las daba de ilustrada, le quitaba importancia a este adulterio diciendo que entre la intelectualidad parisina este tipo de asuntos eran muy corrientes, y extendía su afán de emulación hacia todo lo francés instalando una tertulia en casa, en la que se hablaba de política y se leían textos de

Madame de Staël, de Lord Byron, de Próspero Mérimée y de Chateaubriand, a la que sólo acudían hombres que, según se decía en Granada, debían llegar a las diez «con *putalidad* británica».

Los andaluces, que tienen mucha guasa.

A Pepita, con su memoria prodigiosa y su mala leche habitual, le volvía loca rememorar aquellos tiempos:

—Andá lo que ha corrió en Granada la señora condesa.

Afortunadamente sus murmullos, en mis elegantes salones de las Tullerías, no los entendía ni Dios, y yo me apresuraba a empujarla y sacarla a patadas de la habitación si era necesario. Lástima que no pudiera hacer lo mismo con mi dulce hermanita, que, imperturbable, mientras bordaba alguna porquería en un tapete destinado a las clases menesterosas que supongo que lo utilizaban con buen criterio para limpiarse los mocos, me reconvenía entre suspiros:

—Eugenia, Eugenia, no está bien que digas que los antepasados de mamá eran piratas... ya sabes que comerciaban con uva y con verduras... Y no naciste en 1828 sino en 1826... Y ahora no vengas contando lo de la gitana que te predijo que ibas a ceñir una corona más importante que la de una reina, porque no había nadie delante, no hay pruebas y Pepita dijo que te lo habías inventado.

Dejando aparte que el año en que he nacido no creo que le importe a nadie y que me revienta la gente que se ve obligada a decir siempre la verdad moleste a quien moleste, yo preferiría que nuestros ascendientes fueran corsarios en lugar de vulgares tenderos, lo más bajo de lo más bajo. Yo simplemente pido, como decía papá, «que no me quiten el sol».

Y cada uno con sus sueños.

Siempre los he tenido. La vivienda de la calle Gracia número 12 de Granada era una huronera destartalada que olía a col y a cocido, llena de goteras, con las alfombras raídas, los tapices polvorientos, las sillas desfondadas y las celosías de las ventanas tan desvencijadas y venidas abajo que se decía que por las noches ciertos caballeros entraban y salían con toda la comodidad del mundo, directos de su montura al interior de la casa para compartir el lecho de mi madre.

Pero para mí era un palacio fastuoso lleno de recovecos misteriosos, y armada de mi espada de madera luchaba con los Abencerrajes para expulsar al moro dando unos mandobles horribles a las patas de las sillas, pero, al mismo tiempo, yo era una esclava que bailaba la danza de los siete velos y también una princesa de Castilla que conseguía yo sola convertir a la morería entera aunque luego me lamentaba como el moro Boabdil, llenando la casa con unos trémulos que hacían llorar a las piedras:

—¡Ay de mi Alhama!

Me gustaba interpretar varios papeles porque quería serlo todo a la vez: mora, cristiana, reina, esclava, amante, virgen, mujer, hombre, siempre de protagonista, y lloraba de frustración porque si hacía uno dejaba de hacer otro, y si uno era fascinante, el otro más, y así, en esta estúpida desazón, consumía las horas y mi infancia.

Mi padre alimentaba mis sueños con el recuerdo de las batallas épicas en las que había participado, me contaba que había sido dado por muerto en Austerlitz, pero su lugarteniente lo había envuelto en el pellejo de una vaca y había huido con él al hombro con varias balas alojadas en los pulmones, y también cómo encabezó la carga de trescientos hombres sobre

París hasta lograr entrar con su caballo en Notre Dame para arrodillarse delante de la auténtica corona de espinas de Jesucristo que se venera en el altar mayor:

—Y tuve una visión, vi cómo de la corona de espinas se desprendía una corona de oro y piedras preciosas que iba a parar a tu cabeza, Lucerita, te lo juro, tendrás un destino tan glorioso como el de nuestros antepasados, y los pueblos se postrarán a tus pies.

Me dejaba fumar de su cigarro y beber de su cantimplora un aguardiente tan fuerte que los dos tosíamos hasta quedarnos sin aliento, él porque tenía los pulmones tan agujereados como la camisa que lo cubría y yo por niña.

Me volvía a tender el aguardiente.

—Bebe más, Lucerita, *in vino veritas*.

Yo le contestaba mientras le obedecía:

—*Ora pro nobis*.

Y él:

—*In saecula saeculorum*.

De carrerilla seguía yo soltando latinajos incomprensibles a troche y moche, contenta ya porque no tosía y había aprendido a beber como un soldadote:

—*Pecata minuta, lapsus linguae, omnia galia divisa est in partes tria*.

Mi padre me besaba la frente, emocionado, porque la música triste de *La guerra de las Galias* lo convertía en uno de sus libros favoritos.

En este punto, ebrios de alcohol y de añoranza de los tiempos gloriosos, cantando viejas canciones de honor y de muerte, sacábamos la armadura de su escondite, mi padre se la ponía con la ayuda de mis manitas, yo cogía un enorme espadón

con el que apenas podía cargar y allí, con una peste a alcohol que tiraba para atrás, desfilábamos los dos por los lóbregos pasillos de la casona al son horroroso de los goznes oxidados que erizaba el pelo de los gatos y ahuyentaba a los perros desparvoridos.

Mi madre y Paca no se percataban de nuestra marcha triunfal, porque bordaban en la galería en medio de los trinos ensordecedores de los rruiseñores que, encerrados en decenas de jaulas, poblaban el jardín, una cursilada que a mi madre le encantaba. Pero Pepita, que estaba en todo, no dejaba de comentar mientras trasladaba el polvo de un lugar a otro a golpes de manopla, que en esto de la dedicación en el trabajo no se ha distinguido jamás:

—Este espantajo del demonio, pobre desgraciado, si no se movió de Madrid hasta que tuvo veinte años... ay, este hombre tiene los sesos deshechos por falta de comida. Emborracha a la criatura y un día nos envenena a todos con esta armadura llena de verdín. ¿De dónde la habrá sacado este loco? Pobres como ratas y encima orgullosos, mal rayo les parta...

En la Casa de Montijo había dinero, eso sí, pero todo lo tenía el hermano mayor de mi padre, el tío Eugenio, que aunque haciendo honor a su casta había sido un héroe en el Dos de Mayo, ahora era un solterón de vida disoluta que vivía en Madrid en un palacio de verdad y se gastaba alegremente los cuartos con artistas y tarascas de baja estofa. La letanía que puntuó mi infancia fue:

—Cuando muera Eugenio...

Sabíamos que la muerte de nuestro tío, de quien papá era único heredero, sería nuestro salvoconducto a la riqueza, y que podríamos ir a Madrid, el sueño de mi madre, que si se había casado con un noble, algo tronado pero noble al fin, era para alternar en la Corte y no para derrochar sus encantos con cuatro pueblerinos que creían que Chateaubriand era un queso y Mirabeau el nombre del gabacho que se colaba en casa de la condesa por la ventana. En Madrid estaba la Corte, y en la Corte había palacios, prosperidad, vida, personas interesantes, reyes, libros, poemas, canciones, soldados, santos, matrimonios ventajosos y hombres de honor como mi padre.

Paca y yo rezábamos de rodillas todas las noches antes de acostarnos, al lado de nuestras camitas. Paca, con el semblante transfigurado, parecía una virgen de las que sacan en las procesiones, de rosa y marfil, la frente alta, purísima, los ojos hacia el cielo enmarcados por unas cejas largas dibujadas con tinta china, la negra melena ondulada que le tapaba las plantas de los pies, las estilizadas manos juntas con las uñas de nácar brillando como perlas y una expresión tan sublime como si estuviera viendo a la Santísima Trinidad en carne mortal.

—Dios, te lo suplico, auxíliame, no me dejes de tu mano, Virgen María, socorre a esta pobre pecadora y a todos los pecadores del mundo y no me dejes caer en la tentación, amén.

Ligeros suspiros, casi sollozos, se escapaban de sus labios finamente delineados. Yo sabía que mi hermana rezaba para convertir a los infieles, pero, sobre todo, para que los hombres malvados no mancharan su pureza inmaculada con el fin de llegar virgen a Madrid y al matrimonio.

Yo, sin embargo, pedía con rabia y desespero:

—Dios, yo lo que quiero es que el tío se muera de una vez.

Hay un día de mi infancia que llevo grabado a fuego en mi memoria, fue cuando nos enteramos de que, contra todo pronóstico, tío Eugenio estaba a punto de casarse, y no solamente eso, sino que su «novia», una cigarrera de Lavapiés, estaba a punto de dar a luz.

El astro esplendoroso de nuestro futuro lleno de riquezas y de sueños de prosperidad de pronto se vino abajo con estrépito de hojalata, porque, si había un heredero legítimo, mi padre quedaba automáticamente eliminado de la herencia y la familia entera estaba condenada a una vida de miseria y fracaso. Los títulos de conde de Montijo y conde de Fuentidueña, conde de Mora, marqués de Algaba y marqués de Ardales con que los reyes habían blasonado a nuestros antepasados, los dominios en Extremadura, Andalucía y las dos Castillas, muy mal administrados, es cierto, pero tan amplios y fértiles que habían abastecido a miles de familias durante siglos, el suntuoso palacio de Ariza en Madrid, la quinta Miranda en Carabanchel, que tenía setenta habitaciones, además de la fortuna en bonos del Banco de España y dinero en metálico, algo mermada, eso sí, por la costumbre tan española de entablar pleitos endemoniados y demandas sin fin, pasarían al pequeño bastardo hijo de la gran puta, como se apresuró a llamarlo mi madre.

Papá estaba dispuesto a resignarse e incluso a felicitar a su hermano por su sorprendente vitalidad y recorría la casa gritando:

—¡Los Montijo podemos dar muchas sorpresas!

Y rebuscaba en el escaso ajuar de la familia algo digno de su nuevo sobrino, y por no contar más que con una capa deshilachada y un sombrero grasiento, ya estaba a punto de enviarle la armadura y mi espadón si no los hubiera defendido yo con mi propio cuerpo gritándole que sólo me los podría arrebatarse pasando por encima de mi cadáver.

A Paca, como siempre, le dio por la cosa espiritual y se arrodilló en el frío suelo suplicando el auxilio divino.

Mi madre, en cambio, se transformó. Hizo el gesto de quitarse una capa imaginaria hecha de convencionalismos y modales aristocráticos, se abrió de piernas, se puso en jarras y hasta le cambió la fisonomía, arrugó la nariz, adelantó la mandíbula y el labio inferior, escupió a un lado y sacó un tono de voz ronco y populachero muy parecido al de Pepita.

—Pero este castrón qué hijos va a tener si esta paralítico del cuello abajo desde que nació Cristo... si antes tendrán hijos las estatuas del jardín que ese carnerazo de mierda.

Lo cual no dejaba de ser una exageración llamar estatuas a las figurillas de barro cocido que Paca y yo hacíamos para divertirnos y que más parecían buñuelos que efigies humanas, aunque en lo de los hijos llevaba razón, porque a mi tío le había dado un patatús y estaba imposibilitado en cama, babeaba, no reconocía a nadie y estaba casi ciego y privado del habla.

No se podían pedir permisos, tramitar instancias o mover influencias porque el tiempo apremiaba ya que la boda se

iba a celebrar y el supuesto heredero estaba ya naciendo. Mi madre se retorció las manos y se desesperaba reflexionando que no se les había levantado la pena de destierro ni a ella ni a su marido y que si aparecían en Madrid irían presos, pero como ya se veía el resto de su vida condenada a malvivir en el caserón húmedo, frío, oscuro y pobre de Granada, casi le parecía preferible arriesgarse y dar con sus huesos en alguna mazmorra.

En este punto, mi padre, sobrepasado por las circunstancias, dijo que tenía una cita ineludible en el monte con el bandido al que apodaban Tempranillo, se echó el trabuco naranjero al hombro y desapareció mascullando excusas inconexas y deshilvanadas:

—Manuela, yo doy fe... este Eugenio la quiere armar gorda antes de morir... si hay que firmar, los Montijo estamos ahí... hay que tomar cartas en el asunto... tú, Manuela, ve haciendo... pero Madrid nos está prohibido e irás presa por condesa consorte... este Eugenio...

Pero mi madre ya se había enterado de que el rey permanecía en Valladolid pasando el verano y estaba liando un petate, enganchando a nuestros mejores —y únicos— caballos a nuestro desvencijado carricoche, y haciéndose setecientos kilómetros para impetrar el perdón real y un salvoconducto para poder entrar en Madrid.

Y, como decía mi padre:

—Tomar cartas en el asunto.

O:

—Reventar a la tiorra de una patada y desollarla viva.

Como expresaba Pepita, que venía a ser lo mismo de papá pero a lo ordinario.

Cuando llegó a Valladolid después de varias jornadas de viaje en las que creyó que morirían destripados ella, el cochero y los caballos, era noche cerrada, pero el palacio de Valverde, al lado de la plaza Mayor, reverberaba a la luz de centenares de antorchas. Los condes celebraban una fiesta en honor del rey y la noche veraniega se llenaba con los sones de la bandurria y de los rabeles, el olor a jazmines, el chasquido de las mariposas achicharrándose en las bujías y los exquisitos aromas del banquete, codornices, tocino, menta.

El calor era sofocante.

Mamá, que nos relataba esta aventura con todo detalle porque se convirtió en nuestra familia en una auténtica leyenda que yo le he contado también a mi hijo, reparó en su facha, polvorienta, maloliente, mal vestida, sin salvoconducto. Si la vieran, le echarían los perros o algo peor, y mientras rondaba alrededor del palacio, reconoció un carromato en el que pernoctaban unos gitanos del Sacromonte.

Mi madre entró, habló con ellos y salió sin corsé, vestida apenas con una camisa abierta hasta la cintura, descalza y con cascabeles y cintas de colores en los tobillos y en las muñecas, aretes en las orejas, flores en el pelo y una guitarra en la mano.

Se pintó las mejillas, ennegreció sus cejas y se presentó ante la guardia del palacio, que, con naturalidad, le indicaron:

—Los cómicos, la habitación del fondo.

Allí estaban Pierrot y Colombina, ambos enmascarados, los bufones, los enanos, los volatineros y saltimbanquis con sus perritos amaestrados y los gitanos con el mono que saltaba a través de aros de fuego. Alguien la empujó, se abrió el telón y se vio en una pequeña tarima, frente al rey envuelto en

el humo de su cigarro, Fernando VII, cuya expresión aburrida se disipó cuando reparó en la gitana pelirroja y semidesnuda que, guitarra en mano, entonaba un canto andaluz tan sensual como los jazmines que endulzaban el aire y tan embriagador como el vino color rubí que llenaba las copas.

*Disen los sabios doctores
que la ausensia causa orvido
y yo me he puesto a orvidarte
y orvidarte no he podío.*

Cuando terminó la copla, y mientras don Fernando aplaudía con entusiasmo, de pronto mi madre se adelantó y se echó a sus pies. La guardia trató de llevársela, y ella gritó y tiró coces:

—Soy la condesa de Teba, soy Grande de España, sólo quiero que se me permita hablar con mi señor.

El rey hizo un gesto y al final, lleno de curiosidad —sé por experiencia que los reyes se aburren mucho—, le pidió que se explicara.

Pacheco el Joven hizo un cuadro, al que llamó *El Secreto*, sobre esta escena. Está en el Museo del Prado. En él se ve a mi madre con el ondulado cabello pelirrojo arrastrando por el suelo y con las piernas al descubierto y la guitarra rota a sus pies, mientras el rey, vestido con casaca roja y unas medias blancas que modelan sus gruesas piernas varicosas, posa una mano generosa y magnánima sobre su hombro desnudo.

Es un cuadro que da encogimiento mirar y que no me gustaría que viera mi hijo, el príncipe imperial, así que he solicitado al conservador del Prado, el marqués de Santa Cruz, que lo oculte en los sótanos del museo y yo a cambio he pro-

metido donarle el retrato que Goya hizo de mi abuela, la duquesa de Peñaranda.

Porque en el cuadro, de la escuela realista, mi madre, al mismo tiempo que ofrece su cuerpo entero al rey, parece observar de reojo al pintor con picardía mientras permanece con la boca abierta a la altura de la abultada entrepierna de don Fernando, que sufría de elefantiasis genital desde niño, como si estuviera a punto de practicarle una felación (el hecho de que el rey tenga los ojos en blanco no hace más que acrecentar esta impresión lasciva). Queda desvelado en el cuadro «el secreto» del ascendiente que mi madre poseía sobre los hombres y que todo el mundo, menos sus hijas, desde Granada a París pasando por la Corte madrileña, conocía en aquella época. Como Cleopatra, era capaz de tener sexo oral con decenas de hombres en una noche, y al ser una práctica que se negaban a realizar hasta las prostitutas más sórdidas y no digamos las señoras nobles, mi madre era solicitada con auténtico frenesí, porque aquellos hombres que la probaban quedaban anudados a ella y al placer vicioso que les ofrecía para siempre.

Y mamá, naturalmente, después de algunas horas a solas con el rey en una cámara del palacio, consiguió lo que se había propuesto: don Fernando no solamente la autorizó a entrar en Madrid para arreglar su problema familiar, sino que le puso una escolta.

Cuando mi madre llegó a la casa de mi tío en la plaza de la Paz con el cuerpo de granaderos custodiándola, la cigarrera, presa del pánico, cogió a su hijo recién nacido y a su cómplice y padre de la criatura, un picador de toros llamado El Gaditano, y se apresuró a largarse sin reclamaciones, pero gritando:

—¡Estas marquesas y duquesas son las más púas de toas!

Tío Eugenio permanecía ajeno en su habitación sin enterarse de nada sonriendo bobaliconamente a esta cuñada que entraba en su casa arrasándolo todo como los tercios de Flandes enteros, mientras la baba le resbalaba por la barbilla, él, que había sido el alma del motín de Aranjuez. Cómo nos vemos en la vejez, prefiero no pensarlo, porque, como dice don Próspero:

—Lo mejor es que el corazón no envejece, pero también es lo peor.

Mi madre, cómo no, consiguió el perdón real definitivo para papá y para ella, y pudimos al fin instalarnos en la tan deseada Corte, aunque, eso sí, llevando una vida humilde y discreta en una modesta casa en la calle del Sordo, porque mi tío, aunque inválido y achacoso, se negaba a morir, yo creo que más bien para hacerle la puñeta a mamá; su vida cotidiana era muy limitada y se divertía con estas pequeñas cosas.

Yo seguía con mis oraciones, y al final Paca también se sumó a mis intenciones criminales, aunque ella las disfrazaba diciendo:

—Quiero que el tío se vaya al cielo para que no sufra más en este mundo que tan duro le está resultando.

Está visto que ella era más cuca.

Lo curioso es que mi madre, acuciada por no sé cuáles remordimientos, buscó al falso hijo de mi tío, al que sus padres habían puesto en la inclusa, y lo trajo a casa, aunque limitándolo, eso sí, al reino de Pepita. En la cocina el niño hizo miles de trapisondas y calaveradas, porque tenía mala sangre, hasta que le dio por los números, en los que se reveló como un auténtico prodigio humano.

Se llamaba Paquito.

Sí, el mismo Paquito que me ha acompañado a Egipto como ingeniero y que muchos toman por un hermano adúltero. Hace tan sólo unas horas me acaba de llamar a la puerta del camarote:

—Eugenia, ven a leer el telegrama que nos ha enviado el bajá.

Mierda para el bajá y la madre que lo parió. Le he dicho que no puedo salir porque mi sinusitis me está matando.

Ay, Dios, ojalá fuera la grandísima puerca de mi sinusitis lo que me estuviera matando.

Nos instalamos en el piso principal; abajo había un comercio de mantones de Manila que olía a sándalo y se llamaba El Buen Gusto y un marmolista dedicado a realizar lápidas de sepulturas que llevaba por nombre A la Paz de Dios. En los pisos superiores vivían unos primos de mi padre pobres de solemnidad con los que no nos tratábamos porque no aprobaban la conducta de mi madre, y en las buhardillas, un enjambre de modistillas, empleados de taller y los criados.

Desde que se instaló en Madrid, mamá se dedicó desaforadamente a gastar y a endeudarse como si el mundo estuviera próximo a su fin. Menos mal que los mantones de Manila habían pasado de moda entre las grandes señoras, porque, si no, mi madre, con la excusa de la vecindad, arruina a la excelente familia propietaria y seguramente incluso a su inventor, un tal Ayún, cuya efigie de chino sonriente figuraba en la enseña del establecimiento.

Pero las modistas, zapateros, sombrereros, joyeros, guarnicioneros, mueblistas y peluqueros entraban por una puerta mientras los prestamistas y usureros con sus sórdidas carpetas debajo del brazo salían por otra. Mamá firmaba bonos, censos, préstamos al doce por ciento, empréstitos, anticipos, todo lo que le ponían delante, sin apenas leerlo, a cuenta de la fortuna que íbamos a heredar cuando a mi tío le diera la gana de morir.

La única que se daba cuenta cabal de todo era Pepita, que no dejaba de lamentarse con unos gemidos que no tenían nada que envidiar al trémolo del muecín:

—¡Pobre don Cipriano, pobres niñas, pidiendo limosna los he de ver a los tres por este madriles lleno de hideputas zarrapastrosos!

Lo primero de todo fue amueblar el piso, mejor dicho, el salón, ya que Paca y yo dormíamos en jergones en el suelo, nos lavábamos en una palangana resquebrajada y peinarnos lo teníamos que hacer a secciones, porque sólo teníamos un trozo de espejo; no había armarios y las prendas de vestir y otros objetos se dejaban encima de una silla desfondada. Si se rompía un cristal de la ventana, se sustituía por papel y trapos, y el frío del Guadarrama se colaba por todos los resquicios, helando el agua de las jarras. El suelo era de baldosín semicubierto por pedazos de alfombras. Por mesa de estudio (aunque poco estudiábamos, a decir verdad) teníamos un baúl donde se guardaba nuestro escaso ajuar, y no teníamos bujías, sino un cabo de vela que se clavaba en una botella y que debía durar toda la semana.

Ahora, eso sí, el salón brillaba como el palacio del moro Muza, con espejos de marco dorado provenientes del salón

de unos nobles más arruinados que nosotros, una sillería completa dorada y negra con blasones en el respaldo que nos había hecho un ebanista a cuenta, una tapicería gobelina que representaba a Hércules a los pies de Onfalia que mamá había hurtado del palacio de mi tío, una consola de madera esculpida con una piedra de mármol de color violeta digna de un altar para sacrificios romanos que el marmolista vecino nos había dejado a cuenta de futuros encargos (la lápida de tío Eugenio, por ejemplo), y la luz de las bujías muy tenue para que no se vieran las cortinas descoloridas y la alfombra agujereada.

La chimenea y los braseros no se encendían nunca porque, según decía mi madre:

—En las casas elegantes siempre hace un poco de frío. Y, niñas, el frío va muy bien para el cutis.

—¡Pu...ñales! ¡La que tiene mucho cutis es la señora condesa! —Rezongaba entredientes Pepita mientras curaba nuestros sabañones con hojas de laurel mezcladas con saliva y nos daba un buen trago de coñac cuando tiritábamos ateridas bajo la pequeña manta zamorana que nos tenía que servir de abrigo a Paca y a mí y que nos obligaba a dormir abrazadas a pesar de aborrecernos mutuamente.

Los cuadros que colgaban de las paredes estaban tan sucios que no se sabía lo que representaban. El dueño de El Buen Gusto, que era un manitas, se ofreció para restaurar y limpiar el más grande. Y donde pensábamos que estaba un antepasado nuestro al que venerábamos y en el que veíamos gran parecido familiar, había una naturaleza muerta compuesta de dos conejos, varias codornices y un besugo lacio y mustio que miraba al mundo con los mismos ojos tristes de mi padre, de

ahí nuestro tremendo error. ¡Mejor hubiera sido no haberlo averiguado jamás!

¡Nunca he podido comer besugo, me parecería estar cometiendo un acto de canibalismo o, peor aun, un espantoso parricidio!

No faltaba un criado vestido de impecable librea, calzón blanco y zapatos con hebilla, aunque el infeliz se quejaba con voz plañidera a las visitas de que no solamente no cobraba casi nunca, sino que además debía esconder a fondo su modesto peculio ya que mamá se lo quitaba para pagar al carnicero o a alguna modista poco complaciente. A Pepita era imposible intentar darle un aire de servicio fino y mi madre la relegaba a las cocinas y los cuartos traseros sin dejarla aparecer cuando teníamos visita. Su figura simiesca no tenía arreglo, calzaba unas botas viejas de papá, enseñaba las carnes magras por los agujeros de la ropa y se tapaba la cabeza con un pañolón de cuadros rojos y azules, tan vistoso, que la gente nos traía nuevas de su deambular, mismamente como si fuera un meteoro:

—Que su criada ha pasado camino de Leganés, a visitar a un loco amigo suyo encerrado allí.

—Que hemos visto a Pepita acercándose a Chamberí, a un establecimiento de burras de leche.

—Que estaba de cháchara con el zapatero remendón de la esquina de la calle Preciados.

—Que socorría al mendigo que está en la Puerta del Sol.

Pepita volvía a casa sin aliento, y cuando mi madre la reprendía, ella se limitaba a maldecir y a sonarse con el delantal, pero todo se le aguantaba porque era única para abastecer nuestra mesa con los exiguos cuartos que le daba mi padre.

Metía los escasos reales en un monedero que llevaba escondido en el refajo, iba a última hora de la mañana a los puestos de la plaza de San Miguel y se llevaba el género algo deteriorado que nadie había querido, y creo que hurgaba también en la basura. Comíamos hígados con pan, salchichas crudas; el carnero y el bacalao casi siempre tenían olores sospechosos que ella disfrazaba con pimienta, azafrán y escabeche, y los miércoles hasta podía poner un cocido pasable que, convenientemente aviado, duraba toda la semana. La sopa de fideos, cada noche más aguada, subsistía durante ocho días, como las cebolletas, que se ponían en vinagre. Con las distintas verduras —el repollo, las acelgas y el cardo— y con la morcilla de arroz y el tocino rancio, todo aderezado con ajo, cebolla y buen pimentón, hacía la «ropa vieja».

El resto de las carnes se amasaban con harina para formar croquetas y albóndigas, y lo que quedaba, «la pringá», se comía con miga de pan y un chorro de aceite para el desayuno.

¡Y todavía quedaba un despojo de gallina para el domingo!

Yo tengo tal pasión por el cocido que ahora, en París, a veces, Pepita, sin consultarme porque sabe que tendría que prohibírselo, lo prepara en secreto para las dos, lo trae en una bandeja y ahí nos ponemos de grasa hasta los codos. Los garbanzos se los hace enviar en valija diplomática desde Madrid, porque en Francia es muy difícil encontrarlos.

Rematamos con una frasca de vino y un poco de guitareo para acompañar nuestros bailes, que estremecen los muros sombríos y venerables de las Tullerías, y al final siempre nos arrancamos por sevillanas:

*Me casé con un enano,
salerito,
pa jartarme de reír...*

A pesar de que nos entregamos a estas fiestas en mis habitaciones, Su Majestad siempre me descubre, y aunque no se da por aludido ya que no comprende el español, olfatea ostentosamente, como *Nerón*, y me reprocha con esa sorna que tan mal me cae:

—Ugenia, ¿cocido otra vez? ¡Qué poco digno de una emperatriz oler a ajo!

¡Y mira que me perfumo la boca con granos de café y agua de rosas! Bueno, peor es comer esas perdices que ellos llaman *faissande*, y que yo, que me he criado en la escuela de la miseria y el disimulo, identifico enseguida. ¡Sire, a mí no me la dan! Como diría Pepita: ¿*Faissande*? ¡Amos, anda! ¡A lo podrido lo llaman *faissande* estos gabachos! ¡En San Miguel no lo darían ni a las pobres bestias famélicas! ¡Puñales!

Por el agujero inagotable de las compras de mi madre se iba a ir toda nuestra herencia. Para la ropa interior, los corsés blandos que se llevaban entonces, sin ballenas rígidas, porque no se trataba ya de que deformasen la figura como en la época de nuestras abuelas, sino que realzasen el seno, elevándolo, para poder llevar vestidos escotados, cayó en la majadería de traerse una polea carísima desde París. El complicado artilugio permitía atarlos y desatarlos sin ayuda de otra persona, una pie-

za única en Madrid que mi madre terminaba siempre por llevar al salón para hacer una demostración en vivo.

Y, si no, era yo la que cabalgaba sobre el aparato por todos los pasillos añorando a una jaquita imaginaria que nunca había poseído:

—Arre, *Platera*.

Y luego tiraba de las cintas de goma y gritaba:

—Soooooooo.

La polea duró un suspiro.

Aunque estuviéramos con el agua al pescuezo, las medias de mamá tenían que ser siempre de la seda más fina y sus condenados zapatos de cueros tan delicados que parecía imposible que pudiesen tocar el basto suelo. Me gustaba sumergir mis manos en su ropa blanca que dejaba tirada por cualquier sitio, enaguas y pantaletas como espuma de nata con puntillas, batistas finísimas de Inglaterra y el rizo sutil del encaje de Valenciennes, me deleitaba en el tacto frío de las sedas, la sensualidad de los cachemires, rasos, crespones y muselinas seductoras bordadas de florecillas o ramilletes. Le preguntaba a Pepita:

—¿Dónde has guardado el gorro?

Porque, cuando ella salía con sus enormes sombreros de plumas de águila real, me encantaba ver cómo su tocado de casa, un pequeño gorro a la alsaciana con las cintas sueltas, enmarcaba mi rostro con la delicadeza de una miniatura de esmalte dándome el aire engañoso de una niña buena.

El primer campanillazo de la mañana, la primera visita, era la de la peluquera, que convertía la cabeza de mi madre en un amasijo de moñetes y rizos tan apretados que parecía que la hubieran reducido. Según me contaba madame Lepice, era